

José Luis Cano de Gardoqui García y Almudena Pérez de Tudela Gabaldón, *La correspondencia de Felipe II con su Secretario Pedro de Hoyo conservada en la British Library de Londres (1560-1568)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2016, 308 pp.

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.83.2017.314-315>

El creciente interés por nuevas fuentes de información documental en la historiografía del arte en España ofrece en este libro del profesor de la Universidad de Valladolid José Luis Cano de Gardoqui y la conservadora del Real Monasterio de El Escorial, Almudena Pérez de Tudela un precioso fruto con la edición crítica de la correspondencia epistolar entre Felipe II y su Secretario, Pedro de Hoyo, bajo la forma del “billete”, un tipo de documento administrativo de urgencia que, aparte de la puntual y valiosa información diaria de la gestión de un Secretario Real, reviste el interés para un historiador de desvelar aspectos de la personalidad de ambos protagonistas y del contexto en que se desarrollaba la empresa de gobierno a través de un lenguaje espontáneo y vivo. Pero, por otra parte, de modo más específico, lo tiene para el historiador del Arte en la medida que los asuntos tratados afectan casi en exclusiva a las empresas constructoras que tanto embargaron al Rey Prudente.

Sin ser desconocido este material por la historiografía artística, gracias a lo existente en archivos españoles (la dispersión de los papeles de Pedro de Hoyo está sucinta, pero perfectamente desarrollada, en el capítulo introductorio), quedaba por abordar la parte que salió fuera de España, en especial el volumen de la British Library A.D. 28.350, catalogado en su día por Pascual de Gayangos, manejado solo parcialmente sobre todo por los hispanistas británicos y norteamericanos y que ahora se transcribe en su totalidad, junto con la adición de otra serie más breve de la Hispanic Society de Nueva York.

El arco temporal que comprende el libro, 1560-1568, año en que muere De Hoyo, es crucial para todos los proyectos filipinos de obras en el entorno de Madrid: Aranjuez, Ontígola, Ocaña, Valsaín, Toledo, el alcázar madrileño, la Casa de Campo, El Pardo y principalmente El Escorial. A lo ingente del trabajo se une aquella especie de Babel que hubo de ser el escenario en que confluían franceses, flamencos, holandeses, italianos, españoles y hasta algún inglés, no siempre bien avenidos, incluso los de una misma nación, y sobre todo los problemas de falta de fondos para hacer frente a las nóminas semanales de tantos operarios. Es aquí donde brilla la habilidad del Secretario en su papel de intermediario entre la voluntad del rey y la realidad diaria a la que ha de hacer frente dando instrucciones, recibiendo quejas y tomando decisiones que somete de inmediato al parecer del monarca, continuadas en las “pláticas” de los frecuentes encuentros que ambos, Rey y Secretario, mantienen y que debieron ser hiatos trascendentes que dificultan por otra parte la comprensión de estos fragmentos epistolares. En cualquier caso lo que sí queda de manifiesto es la confianza de Felipe II en su fiel servidor, aprobando en abrumadora mayoría las decisiones y recomendaciones que Pedro de Hoyo hace, porque si al rey se le puede tildar con razón de “prudente”, no menos lo es el Secretario, además de bastante experto en Arquitectura. Por ejemplo, ante la modificación de la traza del refectorio en el Monasterio de El Escorial presentada por “dos maestros”(los autores piensan que fueran Rodrigo Gil de Hontañón y Hernán González) en julio de 1564, De Hoyo anota de forma tajante “no me ha contentado nada...” y añade: “También trae otra traza que hizo Tolosa que no es mala, porque está la cocina puesta en muy buena parte”. Su concepto, no obstante, de la

arquitectura parece inclinarse hacia el valor tradicional de la buena práctica, el abaratamiento por la modalidad del destajo y sus reservas, cuando menos, ante las actitudes de engreimiento profesional de arquitectos y ciertos profesionales extranjeros. Así, con motivo del cerramiento de tres torres en El Pardo, que el rey confiaba a carpinteros flamencos, De Hoyo los presiona para que lo hagan a destajo, pero aún pareciéndole la mano de obra muy cara trata con Gaspar de Vega para rebajarla en mil ducados. Acerca de Juan Bautista de Toledo, el arquitecto venido de Italia, no puede evitar sus reticencias ante la conducta de orgullo profesional de este “Juan Bautista es terrible en esto de los varios rifirrafes habidos entre Juan Bautista y el Proveedor Mayor de las Obras Reales, Andrés de Ribera. Y en otra ocasión, ante la entrega de unas trazas del arquitecto, le apostilla al rey la conveniencia de oír también el parecer de Pedro de Tolosa, “aunque no sé si se sufrirá que sea delante de V. Magd., porque si Juan Bautista lo sabe le tendrá enemistad”.

Del Rey Prudente ya sabíamos de su interés por las obras arquitectónicas y de su empeño en mantenerse informado para el control de todos los proyectos. Los billetes lo confirman plenamente en las constantes anotaciones intercaladas a las comunicaciones de su Secretario. Las trazas, modelos, modelillos y rasguños, reclamadas por Felipe II ante cada debate planteado en la ejecución de las obras, sobre todo cuando se trata de El Escorial, se multiplican para su estudio y mejor comprensión. El rey tiene ideas muy claras de lo que quiere, como lo demuestra en las discusiones con el Secretario y el Prior (cada uno de ellos dispone de una copia de la traza general, además del arquitecto), aunque a veces no pueda expresarlo mediante el dibujo, como le gustaría y hasta probara, porque “no lo he acertado”, según apunta a propósito de las cantinas. De todas formas no duda el monarca en asesorarse ante lo que no acierta a ver, como, por ejemplo, hizo en las trazas de unas molduras para el plinto, a las que se refería De Hoyo en la consulta a Tolosa antes referida, ante lo cual Felipe remite al conde de Chinchón, que “lo entiende muy bien”.

Sobrecoge el empeño y la capacidad de este rey en ese vasto plan de construcciones en los que la función pública y la vida privada se entrecruzan. De la magnificencia y complejidad de una obra como El Escorial hasta las preocupaciones por los peces traídos de Francia o las flores y árboles para los jardines de Aranjuez todo merece su atención, aun consciente, como él mismo expresa, de que las obras durarían más que su vida, razón por la que en ese mismo billete sentencia: “Solo en lo del Monasterio hay que mirar”.

La dificultad señalada de este tipo de documentación, breve y fragmentaria, por la que desfila una gran cantidad de nombres y lugares exige un aparato crítico que los autores cumplen satisfactoriamente con las anotaciones a pie de página, el capítulo de introducción, los índices onomástico y toponímico y una exhaustiva bibliografía, acompañado de un ejemplar prólogo del profesor, recientemente fallecido, Agustín Bustamante, uno de los mejores conocedores de El Escorial y de la arquitectura de ese periodo, en el que se subraya la trascendencia de la aportación de este libro a la investigación sobre las Casas y Sitios Reales que rodean Madrid, a la que añadiríamos también el mejor conocimiento de la función de la recién creada Secretaría de Obras y Bosques (1559) ligada a la figura de Pedro de Hoyo y de la misma personalidad de este Secretario, de igual forma que nos aproxima asimismo a la del propio Felipe II.

PEDRO A. GALERA ANDREU
Universidad de Jaén
pagalera@ujaen.es